

EL CAUTIVO DE GERONA.



NUEVA RELACION

de una carta que escribió un hijo á su padre, en que le daba á entender los tormentos que padecía en su cautiverio en la ciudad de Argel, y la contestacion que este le dió.

PRIMERA PARTE.

Permita el cielo divino,
dulce padre de mi vida,
de que llegue á vuestras manos
esta triste carta mia.
Por ella, padre, sabreis
el tormento y la fatiga,
congoja, pena y dolor
que padezco noche y dia,
no cesando de llorar,
el alma siempre afligida,
triste el corazon y lleno
de angustia y melancolla,
preso y cautivo en Argel
porque así Dios lo queria;
tan maltratado, señor,
de aquesta gente enemiga,
en una oscura mazmorra
me tienen sin compañía,
con unos cuadrados grillos
que las piernas me lastiman:
una cadena pesada
al cuerpo traigo oprimida,
que por el suelo me arrastra

y todo el cuerpo me liga.
Es mi comer y beber
solo una vez en el dia;
una libra de pan prieto,
sin mas vianda me envían,
y media azumbre de agua
me dan, señor, por bebida.
El moro que me lo trae,
dobla mas las penas mias,
porque de palabra y obra
me ultraja con ignominia.
Padre mio, yo confieso
que toda la culpa es mia,
y que es castigo del Cielo
aquesta falta caída:
porque estando yo estudiando
para ordenarme de misa,
me casé sin tu licencia
con la amada esposa mia,
y aunque estabas enojado,
con la obediencia debida
me entré, señor, en tu casa,
y postrados de rodillas

mi esposa y yo te pedimos
perdon de nuestra osadía;
pero vos, enfurecido,
(permitidme que lo diga,)
nos echastes á la calle
á empellones y porvidas,
diciendo no me acordase
de que tal padre tenia.
Anegado en triste llanto
me aparté de vuestra vista,
regando las duras piedras
y mis pálidas mejillas:
mi esposa me consolaba
diciéndome: esposo, mira,
yo tengo allá en Tarragona
una muy amada tia,
que mucho estimará el verte
porque no te conocia;
vámonos, esposo, luego,
que en su buena compañía
viviremos sin quebranto
ni ver esas tiranías.
Yo quise primero ir solo
por ver si me convenia;
tomé un caballo y cien pesos,
y de Gerona salia
un lunes por la mañana;
y al otro siguiente dia,
martes para mas desgracia,
que en todo me perseguia,
al encuentro me salieron,
cubiertos con mascarillas,
seis furiosos bandoleros
armados de carabinas;
me ataron de pies y manos
al pie de una verde oliva;
se llevaron el caballo
y el dinero que tenia;
mas un pobre labrador
que á su cortijo venia,
me desató, y luego al punto
á Tarragona partia,
donde para alimentarme
limosna, padre, pedia;
y viéndome tan perdido,
para mejorar de vida
senté plaza de soldado
en un tercio de infantería.

Pasamos á Barcelona,
plaza fuerte, ciudad rica
y una mañana temprana
de la ciudad se veia
una galera de turcos,
que dando caza venia
á otra galera pequeña
que española parecia.
Salieron á socorrerla
completas tres compañías
en un bergantin ligero;
mas ya que cerca se vian,
dimos vista á otra galera
que era de su compañía:
le presentamos batalla,
se jugó la artillería;
de la una y otra parte
fué muy sangrienta y reñida.
Murieron treinta cristianos
y mucha gente morisca;
pero al cabo nos vencieron,
porque tuvieron mas dicha,
quedando cautivos todos
y puestos en gran fatiga.
En fin, dentro de seis dias
llegamos á Berbería,
dentro la plaza de Argel,
donde en venta me ponian.
Me compró un gallardo moro,
rico y de gran valia,
y me presentó á una mora
que tenia por amiga.
Con cariño me trataba,
y buen pasaje me hacia;
pero se trocaron presto
en oprobios las caricias,
porque estando un dia sola
de amores me requeria:
me dijo que renegase
de la ley de Dios divina,
me casaria con ella
y riquezas gozaria;
pero yo muy claramente
la dije que no queria
olvidar mi santa ley
aunque perdiera mil vidas;
Sintiendo mucho el desaire,
con diabólica malicia

le dijo á su amante moro
de que yo la perseguía.
El moro que aquesto oyó,
en el jardín que tenía
me ató con una cadena
contra un árbol, y en tres dias
no me dió á comer bocado,
y á la mazmorra me envía,
adonde estoy padeciendo
mil tormentos y desdichas.
Ruégote, padre y señor,
mireis por la esposa mia,
vos la querrais consolar,
que ya para mí su vista
será, padre, cuando llegue

SEGUNDA PARTE.

Apenas el noble padre
en sus tristes manos vió
los lamentables renglones
de su muy querido hijo,
leyó lo que contenian
hechos sus ojos dos rios;
rompiendo con tiernas ansias
en desenfrenados gritos
la vaga region del aire
estas palabras ha dicho:
¡Ay hijo del alma mia!
¡Ay dulce consuelo mio!
Adónde estás, prenda amada,
que el corazon me has partido?
Ya se acabó mi alegría,
pues con mi mal he perdido
un solo hijo que tenía,
de mi vejez el alivio;
mas yo me tengo la culpa,
pague la pena yo mismo,
¡Ah torpe lengua maldita,
que tú misma has prorumpido
la sentencia de tu muerte
en la de aquel pobrecito!
¡Ay Dios! habed compasion
de estos tristes afligidos;
mirad que el uno padece
sin culpa grandes martirios,
y este siente sus congojas,
porque la culpa ha tenido.

del mundo el último dia.
No quiere cansaros mas,
vuestro hijo que os estima
y que mas desea veros,
Lucas Perez de Sosvilla.
Dió la carta á una mujer
que estaba en Argel cautiva,
y por su fortuna, á España
venia ya redimida.
Recibió el padre la carta;
con gran pena la leía,
y en otra segunda parte
la respuesta que le envía
se dirá, porque se sepa
el fin de la historia dicha.

Mas ya arrepentido lloro,
y os suplico, Padre mio,
lo saqueis del cautiverio
en que se halla oprimido.
Dió fin á su peticion
suspendiendo sus gemidos,
porque entró su amada esposa,
que apenas la carta vió,
las piedras enternecía
entre quejas y suspiros;
tomó el venerable anciano
la pluma, y enternecido,
aquesta breve respuesta
trazó con discreto estilo:

Recibí las tristes letras
de tu mano, hijo mio,
y fué tanta la tristeza
con que por ella me aflijo,
que no sé cómo del pecho
el corazon no ha salido
á publicar mi dolor
y mis tiranos delitos;
pues por mi culpas padeces
tormentos tan nunca vistos
como los que en estas letras
me notificas tú mismo.
Hijo, yo tengo la culpa,
y yo solo he merecido
los castigos que te afligen;
pero ya es fuerza decirlo,

para que tengas paciencia
y lleves por Jesucristo
los trabajos que te aguardan,
porque han de ser muy crecidos,
si el cielo no lo remedia
con su poder infinito.
Has de saber, hijo amado,
que yo al ver inadvertido
olvidastes los estudios,
que por el mandato mio
seguías para cantar
misa. (¡con qué ansia lo digo!)
casándote sin mi gusto,
y al saberlo, enfurecido,
postrándome de rodillas
á los pies de Jesucristo,
contra tí esta maldición
fulminé, ¡tormento impío!
«Permitid, Jesus sagrado,
que este inobediente hijo
que tal disgusto me ha dado,
se vea en Argel cautivo
en poder de un fiero moro,
que como verdugo impío
á todas horas maltrate
su cuerpo con mil castigos;
que por sus manos me venga
con rigores excesivos.»
Mi torpe lengua enojada
de esta suerte te maldijo:
harto lo siento y me pesa
de lo hecho y de lo dicho;
mas yo te doy mi palabra
de pedir á Dios divino
con suspiros y oraciones,
con ayunos y cilicios,
que revoque la sentencia;
y en su Majestad confío
que querrá favorecerme
y otorgar lo que le pido,
y así, hijo de mi vida,
tener paciencia es preciso,
hasta que su Majestad
se sirva darte el alivio.
En cuanto á tu amada esposa,
ya yo la tengo conmigo,

no tengas por eso pena,
que siente bien tus martirios,
rogando á Dios que te saque
de congojas y peligros;
y con esto Dios te guarde
para ser consuelo mio.
Quien mas te ama y te estima
tu triste padre, Francisco
de Sosvilla.—Y remitióle
la carta, y la ha recibido,
quien al punto contestó
con otra que ha remitido
pidiendo á su dulce esposa
se duela de su conflicto:
que enternecida al instante
sus alhajas ha vendido,
y pidiendo entre los nobles
de su pueblo compasivos,
de lo cual juntó mil pesos;
y su padre que esto vió,
la dió otros mil, y en un barco
la noble señora ha ido
con los padres Redentores;
y cuando en Argel se vió
se informó quién era el amo;
mas el moro enfurecido,
al ver su esposa presente,
para darle mas castigo,
por no perderlo pedia
un precio muy excesivo.
En mil y quinientos pesos
los padres de San Francisco
lo ajustaron, porque al rey
humildes se lo han pedido,
y el rey mandó que lo diera;
y el rescate concedido,
con gusto y con alegría
para España se han partido.
Tomen ejemplo los padres,
no maldigan á sus hijos,
pues suele el cielo á sus voces
mostrarse muy vengativo.
Y el que compuso los versos,
á los que los han leído
humilde pide perdón
de los yerros que han tenido.

Despacho: Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.), Arenal, 11.